



Con fuerzas casi análogas habían atacado a Carrión el de Treviño y otros nobles. Al llegar con las suyas el del Infantado, su hermano el Cardenal Mendoza y el marqués de Villena, quisieron actuar como mediadores sin conseguir otra cosa que reproches por parte del ofendido prócer, quien ordenó el ataque inmediato, exclamando: Toquen esas trompetas, que esto es lo que ha de hacer al caso.

El final de la querrela

Por casualidad, el rey que se encontraba presente, seguido de mucha tropa, tuvo el gesto enérgico y autoritario de ordenar que ambos depusieran las armas hasta que él fallara en justicia, como lo hizo. Para contentar al de Benavente le dio Magaña, en lugar de Carrión; reservó esta villa para sí, y a fin de que nadie se sintiera postergado consintió que aquel cruzara la villa de puerta a puerta al frente de su mesnada, e hiciese lo mismo el del Infantado,

quien seguro ya de que sus ascendientes seguirían durmiendo en Carrión el sueño eterno con tranquilidad, regresó a Guadalajara.

El ultraje

¿Quién iba a decir a don Diego Hurtado de Mendoza que pasados algunos siglos serían profanadas las tumbas de sus ilustres antecesores hasta dejar envueltos en confuso montón los huesos de Don Pero el de Aljubarrota, el almirante Don Diego, el primer marqués de Santillana y los ulteriores duques del Infantado, así como los suyos propios, incluido aquel diente solitario que le cencerreaba en la boca cuando el episodio de Carrión?

Eso ocurrió nada menos que en Guadalajara, ciudad de los Mendoza, cuando ocuparon la población tropas napoleónicas con motivo de la guerra de la Independencia. Creyendo los franceses invasores encontrar ricas joyas y preseas en los marmóreos sepulcros del panteón ducal, lo destrozaron bárbaramente para dejar luego esparcidos los restos de tanto personaje ilustre, después recogidos cuando acabó la guerra y llevados al panteón ducal de Pastrana. El de Guadalajara había sido construido a imitación del de Reyes de El Escorial, para servir de sepultura a unos duques que en Pavía, en Francia, serían príncipes. Ya vemos a lo que vino a parar tanta grandeza, como ocurre con todas las humanas. Aquellos restos no permiten identificar a las personas a que corresponden, pues ni en las dos urnas llevadas a Pastrana por estar completas, hay siquiera una lista de nombres. En ellas, a guisa de epitafio y advertencia, debieran gravarse las palabras que se leen en la lauda sepulcral del toledano arzobispo Portocarrero: CINIS, PULVIS, NIHIL, polvo, ceniza, nada...

Francisco Layna Serrano
Nueva Alcarria, 19 de abril de 1960